ga V. en relación directa con ella. Los dos son jóvenes, ella es bonita...., y nada tiene de particular.... Pero mucho ojo con perder la cabeza y resbalar.... ¿Le parece á V. bien el plan, señor Fontaine?—concluyó Mazade.

—Excelente, y le felicito por él,—repuso Jorge.

El director de la agencia se puso en pie, y dirigiéndose á su dependiente con cierto aire quijotesco, exclamó:

—Señor Grimard, no obstante su inexperiencia, se le confía una misión difícil y de la más alta importancia. Espero que no me dejará mal. Su porvenir de V. depende del éxito.

—Y su fortuna también,—añadió Jorge, imaginando, no sin razón, que esta frase debía producir efecto.

IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Grimard cumplió al pie de la letra las órdenes de su jefe, salvas algunas modificaciones que introdujo en su conducta, por creer que facilitarían el éxito. Después de recibir de manos de Mazade el dinero necesario para comenzar su campaña, fué á su casa de la calle Neuve-de-Petits Champs, dijo á la portera que iba á emprender un viaje de unos días, subió á su cuarto, sacó de un armario una maletilla todavía llena de las etiquetas que le pegaron el año anterior cuando la trajo desde su tierra á Pa-

rís, encerró en ella cuanto poseía, así de trajes como de ropa de cama, la bajó con ayuda de un vecino, tomó un coche, se hizo conducir á la estación de Orleans, y allí la facturó. Entonces tomó á pie la vuelta, y se dirigió á la calle Blanche.

—Acabo de llegar (le dijo á la portera), y pienso pasar en París el resto del invierno. No me gusta vivir en la fonda; una persona que habita en la vecindad me ha dicho que tiene V. un cuarto para alquilar, y desearía saber el precio y las condiciones.

—Mil francos por trimestre; muy barato. Por igual precio que en una fonda tendrá V. aquí una habitación completa, bien amueblada, muy mona, y en extremo tranquila. ¿Quiere V. verla?

—Con mucho gusto.

Subieron, visitaron el piso, que Grimard encontró muy de su agrado, aunque manifestando que le parecía caro; se discutió, y acabaron por arreglarse, quedando en que pagaría trescientos francos al mes.

—Bien se conoce que viene V. de provincias (dijo la portera riendo). En París, las personas como V., por cien francos más ó menos no se preocupan.

—Será porque no tienen en cuenta á la persona que les alquila la casa, y se toma la molestia de enseñársela. No he regateado para mí. Ahí van los mil francos (dijo Grimard, sacando un billete de la cartera); pero como el precio convenido son novecientos, restan cinco luises para V.

La buena mujer quedó encantada, y para sus adentros declaró que eran los provincianos muy superiores á los parisienses.

—¿Y quién piensa V. que le sirva?—le dijo con afectuoso tono.

—Mi criada. Llegará mañana en el tren mixto. Como V. comprende, no era cosa de traerla conmigo en el exprés, donde sólo hay coches de primera clase. Es muy caro.

—¡Ya, ya! Pero....

—¿Qué?

—Es que yo esperaba encargarme de cuidarle la casa.

—¿Cuánto me hubiese V. llevado?

—Veinte francos. Es mi precio.

—Pues bien. Como quiera que no es justo que vea defraudadas sus esperanzas, aunque yo tenga una criada, le daré á V. diez francos, es decir, la mitad de lo que

ganaría si me sirviese sola. ¿Le parece bien?

—¡Oh, señor! Es V. muy bueno. Pero no se arrepentirá de su generosidad, porque de cuando en cuando daré una vuelta por la casa, y así andará mejor.

—Veo que nos entendemos, porque es V. muy amable. Extiéndame el recibo, y mientras tanto voy yo á la estación por mi equipaje. Por supuesto (añadió), tendré cuarto para que se instale mi criada.

—Uno muy pequeñito, sí, señor. Ya ve V.: está en el sexto piso, y como es sólo para dormir....

—Con tal que quepan su cama y su baul, basta.

—Además, ¿qué inconveniente hay en que la aloje V. en el gabinete que está junto á la antesala? Así, si se pusiera V. malo, estaba más acompañado.

—No se me había ocurrido. Tiene V. razón, y puede que me resuelva á eso.

Desde la calle Blanche, Grimard se fué á buscar á la criada por quien le había preguntado Mazade como una de las aspirantes á trabajar por cuenta de la agencia. Pero desgraciadamente no la encontró en su casa.

Había salido, y no supieron decirle cuándo volvería. Entonces pensó que tendría tiempo de volver al otro día, y que lo más urgente era recoger su maleta, é instalarse cuanto antes en su nuevo domicilio, para preparar el espionaje.

Mientras él hacía todas estas cosas, Aurelia, ó, mejor dicho, Albertina Jeanroud, siempre alerta como estaba, supo por una criada que el cuarto contiguo al de Bertin (Pedro Vignot) había sido alquilado á un desconocido. Este detalle, para todo el mundo indiferente, la llenó de zozobra, porque desde la visita de Lucía pensaba, con razón, que tarde ó temprano los amigos del presunto criminal Morlain acabarían por hacerla vigilar. Así es que resolvió ponerse en guardia y no descuidarse un momento. Pero antes quiso oir la opinión de Vignot, su amante. Porque la rara casualidad de que un extraño ocupase la vivienda inmediata á la de éste la llenaba de miedo, y quería evitar que sucediese una desgracia por efecto de una imprudencia de su cómplice, cosa fácil no estando prevenido de antemano.

Sin perder, pues, un momento, bajó á

la portería, hizo que la mujer de Jerónimo le confirmase la noticia, y luego, mirando hacia la calle, dijo con el tono más natural del mundo:

—Hoy parece que está bueno el día. Hace sol, me siento mejor, y casi estaba por salirme á dar un paseo.

—Le sentaría á V. muy bien (afirmó la portera). ¿Cómo no se anima V. y deja esa vida que hace, siempre encerrada allá arriba? En lugar de restablecerse del todo, acabará V. por caer de nuevo, y entonces sabe Dios lo que puede suceder.

—Me animo. Voy á subir para arreglarme un poco, y me marcho.

—¿Á pie?

—Si tuviera recursos, saldría en coche, pero no teniéndolos....

—¿Cómo que no los tiene? ¿Pues y el dinero que nos dejaron las cómicas? Aún no se me ha concluído. Cuando baje V., Jerónimo irá á buscar una berlina de punto, se mete V. en ella, se baja en los Campos Elíseos, da un paseíto, y luego, antes de que caiga el sol, á casa. Hágalo V. así, y después me dirá si tengo ó no razón en aconsejarla que no se deje vencer por el mal.

—Voy á vestirme. Hasta ahora mismo.

Y al salir prosiguió, acariciando á la vieja:

—Y ya que es tan buena, ¿por qué no me hace un favor?

—¿Cuál?

—Dejarme subir por la escalera principal. La de servicio es tan empinada, y yo tengo las piernas tan flojas....

—¡Por qué no la he de dejar, hija mía! Puede V. subir siempre que quiera hasta que esté buena del todo. Yo soy muy severa en el cumplimiento de las órdenes del amo; pero cuando se trata de un enfermo....

Aurelia le dió las gracias por su complacencia, salió, y comenzó á subir la escalera poco á poco, apoyándose en el pasamano y fingiendo gran fatiga.

—Al llegar al quinto piso, se aseguró como de ordinario de que no era observada, y sacando del bolsillo una esquelita, escrita sin duda de antemano, la deslizó por debajo de la puerta de casa de Bertin. El billete aquel decía así:

«Querido mío: Ocurren novedades. No te asustes. Quizás no sea muy grave lo que

pasa; pero es necesario que te vea en seguida. Sal, y ven á reunirte conmigo en las Tullerías. Te espero en la plazoleta que corresponde á la calle de Rívoli. No entro en tu casa, porque dentro de una hora tendrás un vecino, y no sé cómo me las arreglaría para salir otra vez. Por eso te cito en otra parte.

»Tu Culebrita.»

Hecho esto, la *Culebra* llegó á su habitación, se vistió como una enferma que se precave contra al frío; se envolvió la cabeza en una toquilla, encubriendo casi el rostro; se arropó con su mantón, y bajó de nuevo.

—Ya estoy dispuesta á echar á andar, — dijo, al ver á la portera que estaba en su tabuco.

Ésta le predijo nuevamente un próximo restablecimiento, se empeñó en que llevase otro mantón suyo para envolverse las piernas, y ella misma se las abrigó cuando estuvo sentada en el coche.

En la calle Royale, Aurelia se asomó á la ventanilla, y le dijo al cochero á quien Jerónimo había dado orden de ir á los Campos Elíseos, recomendándole encarecidamente á la enferma:

—Tengo deseo de aprovechar el sol para dar una vuelta á pie por las Tullerías. Pare V. delante de la verja del jardín.

El cochero obedeció, la ayudó á bajar, y la vió desaparecer con paso lento y vacilante por entre los árboles que crecen frente á la plaza de la Concordia.

X.

Albertina fué la primera en llegar al lugar de la cita. Sentóse debajo de un árbol esperando á su amante, y para fingir mejor indiferencia, sacó un periódico antiguo que por casualidad llevaba en el bolsillo, y se puso á leer. Á poco un hombre como de cincuenta años, apoyándose en su bastón y cojeando un poco, desembocó en la plazoleta. Llevaba toda la barba, una barba gris y áspera, y ocultaba los ojos detrás de unas gafas cerradas de cristales azules. Su traje, sin poder llamarse elegante, era

bueno, y convenía á su edad y á su tipo. Parecía un antiguo comerciante retirado por causa de la salud, después de redondear una fortunita para poder vivir de sus rentas. Dos guardas del jardín que paseaban tomando el sol, se fijaron en él, y el más anciano dijo sonriendo:

—Mira; otro que anda renqueando. Hoy, como hace buen día, todos los lisiados de París han salido á tomar el sol, y el jardín está lleno de ellos. Parece la explanada de los Inválidos.

—Pero éste está más fuerte que los otros. Tendrá un poquitillo de reuma en la pierna; pero, por lo demás, anda bien tieso.

—Lo que es á juzgar por lo que se ve, no tiene nada que echar en cara á los demás carcamales.

—Mira, mira si es verdad lo que te digo.

—¡Hola! ¡Miren el Matusalén! Aquella chiquilla de allá abajo ha producido su efecto. Y es muy mona.

—¿Qué apuestas á que ese no ha salido para calentarse las espaldas al sol? ¿Á que se echa á la calle para calentarse el corazón á la luz de unos ojos bonitos? Ya verás; ahora se le acerca poco á poco, la abordá, y no le faltará motivo para entablar conversación. Nosotros ya conocemos el sistema.

Los guardas no se equivocaron. El hombre á quien observaban paseando, se acercaba lentamente, y como por casualidad, al banco en donde leía Albertina Jeanrond. Cada vez era más estrecho el círculo que describía en su paseo, y acabó por ocupar una silla cerca de ella.

—¡Eh! ¿Qué te parece?—dijo el guarda joven, dando con el codo á su camarada.

—Ya ha puesto sitio á la plaza. Dentro de un poco romperá el fuego. Mira, ya ha cambiado de silla, y está junto de la muchacha.... Y la cosa parece que marcha.

—En efecto: sin darle muchas esperanzas, porque no ha levantado los ojos del periódico, no parece que sea muy esquiva la chica.

—¡Anda! Dejémosles, y vamos á ver otros por el estilo. Es la única diversión que se saca de nuestro oficio.

Los guardas se alejaron; pero Alberti-

na no esperó su desaparición para decir á su fingido perseguidor:

—Jamás te he visto tan bien disfrazado. ¡Estás admirable!

—¿Verdad que sí?—repuso Vignot, sonriendo con fatuidad.

Cuando encomiaban su talento de cómico se ponía siempre contento. Pero esta vez no pudo menos de añadir:

—¿Acaso me perjudica para tu cariño parecer tan feo y tan viejo?

—¡Oh! Quita allá.... Como quiera que te veo con el alma tal cual eres, joven, fuerte, y siempre amante...., esos disfraces me gustan. Así no eres para los otros como para mí: yo sola te aprecio y gozo de la realidad de tu vida. Cuando quiero, esa mirada se anima para mí; tu cuerpo se pone erguido y hermoso para mí sola.... No temas, no. Te quiero igual que el primer día. Lo mismo que aquel en que la niña abandonada en las calles de París se convirtió en tu querida. Te quiero por todas las miserias que hemos sufrido juntos.

—Gracias (interrumpió Vignot). Pero, mira, á tal punto me he identificado con el verdadero Bertin, que muchas veces se me

figura que soy, como él, viejo, y estoy, como él estaba, enfermo. Mas hablemos de cosas serias. Me has escrito que ocurren novedades, que voy á tener un vecino enfrente de mi cuarto. ¿Te da miedo eso?

—Miedo no. Pero creo que conviene desconfiar.

—¿Conoces tú al vecino en cuestión?

—Sólo he oído hablar de él; no lo he visto.

—Yo sí. El cuarto suyo y el mío estaban antes reunidos, y sólo los separa un tabique correspondiente al gabinete oscuro que da sobre las dos antesalas. Esta mañana oí hablar, y pensé que se trataba de alquilar el piso. Tomé mis precauciones para encontrar al vecino al salir con la portera, y le vi.

—¿Qué clase de hombre es?

—Desde luego estoy seguro de que no pertenece á la policía. Los polizontes tienen otra facha. Pero bien pudiera ser agente de algún particular.

—Opinas como yo. Quizás algún amigo de Morlain....

—Sin duda. La idea de mandar á la señorita aquella á Nantes fué muy buena,

porque nos desembarazó de ella por algún tiempo; pero como todo en el mundo tiene su pro y su contra, la de esto fué, que al convencerse de que te habías burlado de ella, quizás se le despertaron sospechas.

—¿De mí?

—De ti. Yo para nada figuro en ese asunto.

—Entonces, ¿por qué si ese hombre es un espía viene á vivir cerca de ti?

—Porque no había otro cuarto para alquilar en la casa. Mejor hubiera querido uno de criados cerca del tuyo; pero, á falta de pan, buenas son tortas. ¿Y sabes si va á vivir solo?

—No. Con una criada, según me dijo la portera.

—¿Tiene ya una?

—Mañana debe llegar de su país.

—¡De su país! ¡Ta, ta, ta! ¿Provincianos tenemos? Entonces hay que fiarse menos. La mirada que me dirigió cuando nos encontramos era de parisién.... Además, un muchacho joven de su facha, que viene á pasar en París unos meses divirtiéndose, no trae una criada de su tierra, que al volver cuenta las picardías de su amo. Son

detalles estos que ni siquiera merecen nombre de indicios; pero revisten mucha importancia. ¡Es lástima que tengaya criada ese hombre!

—¿Por qué?

—Porque tú estás sin colocación; necesitas ganar la vida, y, con la protección de la portera, podías haber entrado á su servicio.

—Buena idea....

—¿No te parece soberbia?

—¡Oh! Seguramente....

—Hecho así, en vez de ser vigilada por él, le vigilarías tú, y en pocos días sabríamos á qué atenernos de seguro. Si en efecto es un provinciano, le dejabas. Su servicio no te convenía.... Pero si era un espía, como sospechamos, entonces.... con tu cara y tu talento te pertenecería, dejando de obedecer á los que le hubiesen enviado. ¡Y que mi Culebrita no sabría hacer ese papel!.... Si no, ahí está el príncipe Polkine, que le volviste loco, estúpido, ciego....

—Á su edad no era peligroso, — murmuró Albertina.

—¿Y éste lo sería para ti?

—No. Mas para desempeñar ese papel, es preciso prometer mucho, y un hombre joven como tu vecino, exigiría que se cumpliese con él.

—Y tú no cumplirás. ¿Supones que te van á faltar medios para ofrecer mucho y no dar nada?

—Pero hablamos como si ya estuviese á su servicio. Y es muy difícil lograrlo. Ya te he dicho que espera una criada.

—Si la toma, no hay más remedio que tener paciencia, y desde luego no debemos apurarnos mucho, porque probablemente es lo que dice: un provinciano... Pero, ¿á qué me miras con esa cara de no entender?....

—¡Ah!... ¡Ya! Ya caigo....

—¡Gracias á Dios!.... Me admiraba tu torpeza.... No reconocía tu habitual perspicacia.

—Quieres decir que si viene á la casa por mí, por mí sola, se apresurará á aceptar mis servicios....

—Claro, mujer. Quedará encantado de su buena suerte. Como toda esa gente se cree muy fuerte, pensará como nosotros pensamos, pero con más razón que él:

«Nada se me escapará. Dentro de pocos días leeré en su corazón como en un libro abierto.»

—¡Está fresco!.... —exclamó Aurelia, haciendo un mohín.

Pero de pronto su frente se oscureció.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO